

Sobre la Actual Ideología de la Seguridad Nacional

Dr. Alberto Methol Ferré (Montevideo, Uruguay)
Secretario del Departamento de Laicos del CELAM

Introducción

Pareciera que en América Latina estuviéramos abriendo una nueva etapa histórica, cuyos rasgos estarían ya definiéndose con cierta precisión. Nada nace de un día para otro sino que tiene siempre largos antecedentes. Pero, como decía Aristóteles, la esencia de un proceso sólo se percibe en su madurez. Para algunos, como Comblin, la novedad ha alcanzado suficiente madurez, principalmente a través de Brasil: así podríamos sistematizar sus notas más características y generales.

Aquí se trata de un intento de evaluar la caracterización hecha por Comblin de este nuevo proceso histórico latinoamericano. Nuevo en cuanto a relevancia, en cuanto a hegemónico o determinante de otros hechos, pues, como dijimos, ya existía antes pero sin esa omnipresencia. Por lo menos así parece. Tendremos como referencia de nuestra reflexión dos artículos de Comblin: "Los conceptos básicos de la ideología de la Seguridad Nacional" y "Seguridad Nacional" (publicado éste en Mensaje marzo-abril 1976). No los consideramos en conexión con el conjunto del pensamiento de Comblin porque eso sería interminable. Acotamos bien nuestro análisis a los dos artículos. Y esto se justifica porque son ellos los que más han repercutido por sí mismos. Vale poner atención sobre el tema, no sólo por su índole, sino también porque Comblin es uno de los más fecundos teólogos contemporáneos, siempre "da que pensar" —rara virtud—, compártanse o no sus diversos planteos y tesis. Más aún, en este caso, aunque no se suscriba el conjunto del enfoque, ha prestado un gran servicio dando una primera forma teórica a la preocupación de la Iglesia latinoamericana sobre esta problemática tan candente e insoslayable. Ha puesto a la Iglesia en alerta y en camino a una más exacta autoconciencia de los problemas reales que enfrenta actualmente. Ha puesto en marcha nuevos motivos para el ahondamiento y el desarrollo del pensamiento católico contemporáneo. El reto tiene tanta importancia práctica como teórica. Porque tiene importancia práctica, la tiene teórica. Y un reto bien respondido implica un aprendizaje teórico-práctico. Sin aprendizaje no hay respuestas, ni superación.

Haremos primero una exposición de las tesis de Comblin. Tesis en las que se expone la génesis y la estructura conceptual de la "doctrina de la seguridad nacional" imperante. Para esto, Comblin toma como referencia principal el pensamiento del general brasileiro Golbery de Couto e Silva

(Geopolítica de Brasil) y el compendio de José Alfredo Amaral Gurgel (Seguridad y Democracia). En la exposición de Comblin aparecerán también las críticas que formula a los principios de esta doctrina. En una segunda parte desarrollaremos nuestros comentarios.

I - Las Tesis

Tesis I: Un nuevo tipo de Estado emergente

El Estado Liberal está en crisis. Se rompe con la filosofía política tradicional de Occidente, del Estado de Derecho, con su clásica división de los tres poderes. Emergen *dos nuevos poderes*, como órganos del Estado: El Consejo de Seguridad Nacional, como órgano supremo que define la política y la controla, y una Central de Inteligencia (CIA, SNI, DINA, etc.) con poder e intervención sin límites en todos los órganos del Estado, instituciones particulares y vida de todos los ciudadanos.

Esta estructura de Estado es algo totalmente ajeno a la república democrática, que con diversas variables, impera entre nosotros desde la Independencia. No es un régimen de transición para períodos críticos, sino que es un poder político que responde a una ideología y situación, no de emergencia o transitoriedad, sino definida, estable y con sustentación doctrinal clara.

Tesis II: Origen y Difusión

El nuevo tipo de Estado emergente —con esos dos poderes que, aunque coexisten con los tres anteriores, los vacían o hacen variar su contenido y fusión— tiene su punto de partida en EE. UU. en 1947, con la creación del National Security y la Cia, que se establecen por encima de los poderes constitucionales, principalmente en Defensa y política exterior. Esto ha suscitado continuas tensiones entre los poderes: los escándalos de Watergate son su paradigma.

Sin embargo, este nuevo tipo de Estado ha adquirido su pleno desarrollo no en EE. UU. sino en América Latina. Brasil es su ejemplo más maduro. Allí su germen estuvo en la Escuela Superior de Guerra, fundada en 1949, a imitación del National War College, instituido en 1946 con finalidad semejante. Esta Escuela superior de Guerra, la "Sorbonne" tiene su mayor representación en el general Golbery de Couto e Silva, autor de "Geopolítica del Brasil" y fundador del Servicio Nacional de Información en 1964, tras el golpe de Estado que abre la nueva época en Brasil. Los viejos tres poderes se hacen de más en más formales, pierden sustancia. Procesos similares acaecen en Argentina, Uruguay, Bolivia, Perú, Ecuador, Chile.

Tesis III: Ideología del nuevo Estado

La ideología del nuevo Estado se sintetiza en la doctrina de la Seguridad Nacional, que se basa en tres temas fundamentales: la geopolítica, la estrategia total, el rol privilegiado de las Fuerzas Armadas. Su filosofía es la geopolítica, su ética la estrategia total, su protagonista las Fuerzas Armadas.

Tesis IV: La Geopolítica

Es la filosofía política del nuevo Estado, y como tal implica una concepción global del hombre y el mundo. Sus raíces remotas están en el pangermanismo, su fundador es el sueco Rudolf Kjellen (1916), se desarrolló en contacto con el nazismo (escuela de Munich, de Haushofer), pasó en la segunda guerra mundial a los Estados Mayores norteamericanos, y hoy se enseña en todas las escuelas militares del mundo, con las mismas consecuencias. La geopolítica es la ciencia que estudia los factores geográficos en la vida y evolución de los Estados, a fin de extraer conclusiones de carácter político. Esta definición es tan abstracta que no permite adivinar el destino histórico y el alcance de esa disciplina en la cultura contemporánea. La geopolítica entró en cierto modo en las bases de la ideología nazi. Esto le valió el rechazo radical por parte de los Aliados durante la guerra, pero luego éstos creyeron que era separable de su relación con el nazismo. Sin embargo, *no resulta evidente que ella pueda existir en forma independiente de programas políticos bastante análogos al programa nacional socialista.*

Lo máximo es la Nación, pero la Nación sin el Estado no puede nada. El Estado es Poder. El mundo es nada más ni nada menos que la lucha de poderes. Entonces, por definición, las naciones son rivales y están en lucha por su subsistencia y expansión. Toda Nación vive en estado de guerra. La categoría fundamental es la de amigo-enemigo; en el mundo sólo existimos como aliados y enemigos y unos y otros en guerra permanente.

El antagonismo fundamental de todo ser humano, y de las naciones, hoy se concreta radicalmente en la visión geopolítica de un *antagonismo fundamental que lo determina todo: Occidente versus Comunismo, Este contra Oeste.* Entre ambos bloques la guerra es continua. El poder del Estado está en función de su seguridad y la posición de cada Estado en el mundo antagonico define la problemática de su seguridad. El objeto propio de la geopolítica es la lucha de los centros de poder en los espacios: luchas entre ellos mismos y luchas contra las resistencias de las condiciones materiales. *La geopolítica plantea la ecuación Estado-Poder-Seguridad que será el eje de la doctrina de la Seguridad Nacional. Ella incluye una ideología del Estado significativa tanto por sus silencios como por sus conceptos.*

A la geopolítica corresponde una geoestrategia. En la misma forma como la seguridad de cada nación está inscrita en su posición en uno de los dos

bloques que se reparten el dominio del espacio en la tierra, la geoestrategia impone a cada nación su estrategia nacional. Así, la estrategia nacional es una parte de la estrategia global elaborada en función de los antagonistas mundiales. América Latina está determinada esencialmente por su posición en ese conflicto. Frente a este hecho, todo lo demás es relativo. La nación es un absoluto y su compromiso en esta guerra fundamental insoslayable.

Tesis V: Estrategia global

Estrategia es la ciencia que regula la conducta en la guerra. Así como la geopolítica ocupa el lugar de la filosofía, la estrategia es la nueva moral. Y la estrategia es total, porque la guerra es total.

Hay una relación estrecha entre política y estrategia. La política define los objetivos y reúne los recursos que constituyen el Poder Nacional. La estrategia define los planes para alcanzar los objetivos con la ayuda de los recursos disponibles. En tiempos pasados la estrategia se limitaba a la conducción de los ejércitos en las guerras limitadas contra los enemigos del exterior. Pero en el siglo XX la guerra limitada ha pasado a ser guerra total. A la guerra total corresponde una estrategia total y, cada vez más, una identificación de la estrategia a todas las tareas planteadas por la política. La estrategia total engendra o constituye la política de la seguridad nacional. Por tanto el nuevo concepto de guerra y el concepto de estrategia total proporcionan las bases de la ideología de la seguridad nacional al lado de la geopolítica.

La guerra total abarca dos aspectos. El primer aspecto fue determinado por el general Lunderdorf luego de la primera guerra mundial: la guerra total era la que envolvía a todos los ciudadanos y a todos los recursos materiales de la nación. No hay distinción esencial de civil y militar. Todas las actividades económicas, culturales, etc. son actos de guerra y herramientas de lucha. No hay actos neutrales. El segundo aspecto viene luego a la segunda guerra mundial: la guerra envuelve a todos los pueblos y suprime la distinción entre países combatientes y países neutrales: todos están implicados en la guerra. *La guerra revolucionaria acentúa el carácter total y no neutral de cualquier acto en la interioridad de los Estados. La guerra es no sólo hacia el exterior, sino también hacia el interior.*

La guerra es permanente, y lo que se llama paz es continuación de la guerra en otras formas, la paz es guerra fría. Lo que antes se llamaba "política" ahora es guerra. La guerra sustituye a la política, la política es sólo un aspecto de la guerra. Así, no se puede salvar un Estado sin una estrategia total. Esa estrategia es la política de la seguridad nacional. Queda ya definida la ideología que expresa y orienta esa política.

La estrategia total está basada en tres conceptos básicos: el Proyecto Nacional, la Seguridad Nacional y el Poder Nacional. El Proyecto Nacio-

nal, son los objetivos que una nación puede razonablemente alcanzar dada su condición geográfica y el conjunto de sus recursos. La Seguridad Nacional es la base de este proyecto. Y todas las actividades encuentran en el Poder Nacional su valor, su legitimidad, su límite y su estímulo.

Seguridad y desarrollo se complementan y engendran mutuamente. En la lucha de poderes, el subdesarrollo constituye un obstáculo inmenso. Hay una enorme diferencia de poder entre las naciones desarrolladas y subdesarrolladas. El desarrollo proporciona los elementos constitutivos del Poder Nacional. En un mundo que cambia, el que queda atrás está condenado a perder su soberanía. El desarrollo es un fenómeno global que afecta a todos los factores de poder: economía, educación, salud pública, ciencia, técnica, etc. El desarrollo es un factor de potencia y el desarrollo no se puede separar de la estrategia que tiene por fin la seguridad. El desarrollo es un aspecto de la guerra total.

La estrategia total tiene cuatro partes. La *estrategia económica*, cuya finalidad es el desarrollo económico. La norma del Poder económico es el Poder Nacional. La *estrategia sico-social*, utilización de las ideas y otros objetos culturales (incluso la religión) para aumentar el Poder Nacional. La *estrategia política*, orientar y utilizar todos los órganos del Estado y si es necesario a todas las asociaciones privadas para movilizar a la nación para la guerra contra el marxismo internacional. La *estrategia militar*: las acciones específicamente militares no siempre son necesarias, depende de la estrategia global el determinarlas. El determinar la coyuntura de tales o cuales sacrificios, que no pueden ser siempre idénticos. No conviene limitar las libertades individuales hasta el punto que los ciudadanos tengan la impresión que son esclavos. Los esclavos son malos soldados (Golbery)

Tesis VI: El agente de la Estrategia

¿Quién se hace cargo de la estrategia? Naturalmente las élites de la nación: nunca se entregó la dirección de la guerra al pueblo o las masas. El papel de las élites será tomar conciencia del Proyecto Nacional, la Seguridad Nacional y el Poder Nacional, será pensar y realizar la estrategia y convencer al pueblo de su valor y necesidad. En América Latina sólo las Fuerzas Armadas son el protagonista, el agente de la Estrategia, están identificadas con la Nación, son el lugar de la soberanía, su última instancia.

Los civiles no han servido. Los políticos han fracasado. Ni mantuvieron el orden, ni acrecentaron el Poder Nacional. Comprometieron la subsistencia misma de la Nación. Abrieron las puertas a la subversión, lo que obligó a la intervención de las Fuerzas Armadas. Por eso, las Fuerzas Armadas tienen el rol mesiánico de "regenerar" a la Nación. Y de reubicarla en la guerra geoestratégica mundial. Sólo las Fuerzas Armadas están también interconectadas a nivel panamericano.

Tesis VII: Estrategia total y Religión

Occidente tiene tres sistemas simbólicos que permiten identificarlo y oponerlos al comunismo: el cristianismo, la democracia y la ciencia. Los tres sistemas simbólicos son necesarios, no su contenido, para motivar la lucha contra el marxismo. La fe no importa, es cosa personal, lo que interesa es el signo social cristiano, como instrumento de movilización popular. Desde esta perspectiva, los regímenes de seguridad nacional ofrecen a la Iglesia una alianza íntima, creyendo que ésta es provechosa para las dos partes. En declaraciones oficiales los militares usan el lenguaje de la Iglesia, incluso a veces personajes eclesiásticos les redactan sus documentos. Pero todo queda en el papel. Es táctica. Lo importante son los medios que se usan para conseguir esta sociedad, que no tiene nada que ver con el Evangelio. Creen que para ambos el marxismo es el enemigo principal, por tanto una estrategia común es indispensable. Pero desgraciadamente hay sectores de la Iglesia que no quieren comprender el verdadero interés de la Iglesia, no ven la guerra que los amenaza a ellos mismos. Son, o bien infiltrados marxistas o ingenuos inescrupulosos, o tontos útiles. Si es así, las Fuerzas Armadas deben salvar a la Iglesia del peligro que no quiere ver, pues no pueden permitir que se transforme en aliada objetiva del marxismo internacional. Todo debe someterse a la estrategia del Poder y de la Seguridad Nacional, bien supremo. Así, el antimarxismo militar es ambiguo: ateísmo y totalitarismo no son monopolio del marxismo.

En Resumen:

Se trata de un nacionalismo absolutista y totalitario, militar, occidentalista, que deroga al antiguo Estado de Derecho, o lo vacía o lo suspende, aunque mantenga por tradición nacional la simbólica liberal-democrática y la cristiana, también vaciadas de contenido, meramente instrumentales. El enemigo principal es el marxismo, en un mundo dividido en dos bloques. Su objetivo principal es la seguridad nacional, el desarrollo nacional, y el Poder Nacional. Para ésto, su filosofía política es la geopolítica, y su moral la estrategia total.

Esta filosofía política está en la tradición de Hobbes. Postula que la guerra es esencia de la vida, y convierte así a la "seguridad" en el bien absoluto del Estado. Nada está por encima del Estado, del Poder Nacional. Ante estos principios, la crítica de Comblin es clara: reafirma el valor de la libertad (atributo principal del hombre, pecado original y redención; brotan de actos libres y respeto de Dios por la libertad); la necesidad interna para el equilibrio del Estado, del disenso. Reafirma el valor propio de la amistad, de la paz, de la justicia. El estado no crea la sociedad, es servidor de ella. No es Poder creador de la Ley, sino su servidor. El poder no es superior a la Ley. La Iglesia, defensora y promotora de libertad, del pueblo como superior al Estado, es irreductible y contradictoria con semejante

filosofía política, base de la nueva legitimación del nuevo Estado emergente.

Si esta imagen de aspecto monolítico, cerrado, es verdadera, gravísimos problemas tiene planteados la Iglesia latinoamericana. Se encontraría ante un nuevo leviatán. No es para asustarse demasiado, pues la historia de la Iglesia es en gran parte su resistencia a los Leviatanes. La Iglesia es experta en Leviatanes, desde su nacimiento. Pero no confiemos demasiado en la larga experiencia, en el vasto osario de Leviatanes que es la historia, y pongamos atención en los retos auténticos de nuestra actualidad, para poder comprender y asumir así las responsabilidades evangélicas nuestras, intransferibles.

Conviene no apresurarse, y examinar las cosas con el mayor discernimiento. Analizar punto a punto. No limitarse a tragar o vomitar. La gravedad del asunto planteado es tal, que nos exige la mayor seriedad y atención. Aquí sólo abordamos algunos aspectos e intentaremos abrir algunas pistas. Ante algo tan complejo no puede aspirarse a ser exhaustivo, pues los procesos no están cumplidos, se trata de interpretaciones sobre la marcha, sujetas a muchas variantes y novedades. No puede comprenderse la historia sin cierta sistematicidad, pero sabiendo que la historia desborda los sistemas, es más flexible, más rica, más imprevista, que cualquier sistema posible. Aquí sólo cuestionaremos algunas premisas, y aportaremos perspectivas, a veces diferentes, a veces complementarias. Hay que detectar con claridad la verdadera índole de la ideología, su alcance, sus contradicciones y ambigüedades, qué inflexiones distintas recibe, etc. Y hay que tener bien presente la siguiente regla: todo nuevo reto histórico que no conduzca a replanteos y ahondamientos pastorales y teológicos, señalaría una incapacidad eclesial de respuesta adecuada, indicaría un quedarse o refugiarse en coyunturas pasadas, cayendo en impresionismos superficiales, que sólo empujan a fracasos en la Evangelización.

II - Comentario

1.- Siempre presente

La cuestión que enfrentamos tiene vastos alcances. No se concentra sólo en si estamos o no frente a un nuevo tipo de Estado, frente a tal o cual ideología, sino también ante un protagonista concreto fundamental: las Fuerzas Armadas. Y con las armas nadie puede ser frívolo, pues el costo es muy alto. Los ejércitos son el hecho más permanente y decisivo, atravesando las vicisitudes que fueren. Lo indispensable a tomar en cuenta es: *en las próximas décadas los Ejércitos latinoamericanos tendrán siempre un papel protagónico en nuestro acontecer histórico. No son ni serán nunca el único protagonista. Pero sí serán siempre protagonistas, ya por acción ya por dejar hacer.*

Quien proyecta su acción en América Latina, quien pretenda algo en América Latina, tendrá que contar con el Ejército. Y si no, no. Es algo obvio, y sorprende que todavía haya gente no enterada de esto. Y esto vale para todos los pueblos, incluso para la Iglesia, en la medida que es solidaria con el destino de nuestros pueblos. Los Ejércitos son condición sine qua non de las transformaciones en América Latina. Cualquier político sabe que puede, con los Ejércitos mucho, sin los Ejércitos nada o muy poco. Lo contrario también es verdad: los Ejércitos, por sí mismos, solos, nada pueden ni podrán, sino muy provisoriamente. Están siempre condenados a marchar encadenados con otras fuerzas históricas, sociales, culturales, que no se reducen a su propio espejo castrense.

Desde Pedro, los centuriones han sido, son y serán siempre objeto de Evangelización. Y los centuriones pueden o no ser obstáculo para la Evangelización, incluso indirectamente, pueden facilitarla, en determinadas condiciones. Los Ejércitos necesitan también, como todos, del Evangelio. Quizás ellos más que otros, pues su oficio es mortal, trata con la muerte de otros y de sí mismos. Son, en cierto sentido, "dueños de la vida" en los Estados, y ¿a qué abismos está expuesto un hombre señor de la vida y de la muerte que no responda ante Dios, ante Cristo? Un hombre elevado a última instancia de la vida se expone a lo peor. Terrible la exigencia ética del soldado, cuya acción es para situaciones límites del hombre, implantado en el gozne de la vida y la muerte. Por ello, es tradición que grandes soldados han sido profundamente religiosos. Los grandes códigos del honor militar son religiosos. De lo contrario, es fácil deslizarse en la degeneración de la trivialidad corrupta de los matones y matarifes.

Cuando se discute sobre las doctrinas de la "Seguridad nacional", no debe perderse nunca de vista su sujeto principal: las Fuerzas Armadas. Esto requiere de nuestra parte el mayor y mejor conocimiento. La necesidad de saber a fondo qué son y qué no son, sus orígenes sociales, sus estilos de vida, sus tipos de formación, sus valores, sus cambios, etc. No todos los Ejércitos son lo mismo ni juegan el mismo papel, no son seres sociales fijos, y un mismo Ejército puede representar en momentos diferentes cosas contrarias. No son homogéneos. Nada peor que inmovilizar a los Ejércitos en estereotipos o generalidades, como si estuvieran al margen de la vida, de las vicisitudes de cada sociedad. Ellos también, a su modo, reflejan el cosmos social del que manan y en que se insertan, son un compendio de su historia. Varían de país a país, varían en distintas épocas de un país. La Iglesia debe saber y evaluar esto muy bien, si no quiere ser mal pastor.

Hace años, a poco del golpe de Estado en Brasil, Darcy Ribeiro me decía: *"El drama actual del desarrollo en América Latina reside en gran medida en el divorcio entre sus tres élites intelectuales, fundamentales: la clerical, la militar y la universitaria. Hasta que no haya convergencia entre esas tres élites, no habrá vigor para la independencia de América Latina"*. Era un momento en que Darcy, miembro de las élites universitarias, paga-

ba con el exilio su desconocimiento de las militares y descubría la importancia de las clericales. El asunto planteado da para mucho, cabrían numerosas puntualizaciones, pero ahora no vienen al caso. Pero es altamente significativo, y es bueno tomarlo de telón de fondo para nuestra cuestión. Siempre presente.

2.- La médula del problema

La existencia de instituciones nuevas, que introducen nuevas lógicas en la intimidad del estado, no son suficientes por sí mismas para generar un nuevo tipo de Estado, salvo que reflejen también una nueva filosofía del Estado. Sólo así se altera la sustancia misma de la legitimación, de la validez de los presupuestos mismos del Estado. De tal modo, *todas las tesis valen en la medida que valga la Tesis III*, que se refiere a la nueva ideología y su agente realizador. De lo contrario, las nuevas instituciones carecerían de base justificativa suficiente como para sobreponerse inexorablemente al Estado liberal democrático.

Sin nueva ideología, sin nueva legitimación, el poder de las nuevas instituciones sería meramente conjuntural, pues ellas estarían condicionadas en última instancia por el horizonte de validez del Estado liberal-democrático. A lo sumo instaurarían un régimen de "excepción", un provisorio más o menos largo, sin alterar la sustancia de la legitimación. Podrán hacer vacuas muchas instituciones "legítimas", pero estarán dependiendo finalmente del "horizonte de validez" del Estado liberal democrático. Y un horizonte de validez no es algo históricamente etéreo, sino un poder formidable, muy concreto, que no se destruye sólo con situaciones de "facto". *El problema sería, desde el punto de vista de la legitimidad, el de esta alternativa: 1) o los nuevos roles del Ejército en América Latina, generan una nueva legitimidad que reduce a cáscara vacía la del Estado Liberal democrático; 2) o es al revés: no hay realmente nueva legitimidad, y las ideologías militares no tocan la sustancia del régimen liberal-democrático, por más que suspendan algunas de sus instituciones o las modifiquen. Si fuera esta segunda alternativa, desde el ángulo de la legitimidad, el débil, el instrumental, sería el Ejército —que no se propondría un nuevo Estado— y el fuerte, la finalidad vigente, sería ese aparente esfumado de la "validez" liberal democrática.* Y nos encontraríamos así con que los símbolos dominan a las armas. ¿Quién es la cáscara de quién?

La respuesta de este problema depende de la verdad o el error de la tesis III, o sea principalmente el de la filosofía política. Es allí donde todo está en juego. Comblin lo sabe bien, y por ello se concentra en los principios, en los conceptos fundamentales. Sin duda, esa es la médula del problema. *Aunque quizá no todo el problema.*

3.- Filosofía política, geopolítica y estrategia total

Aquí Comblin plantea tres aspectos básicos: orígenes de la geopolítica, su conexión con la seguridad y el "Poder Nacional", su relación con el antagonismo principal Occidente-Oriente.

Orígenes: Aún si Comblin tuviera razón en su visión estrecha de los orígenes de la geopolítica, y efectivamente la geopolítica hubiera aparecido ligada a una determinada filosofía política, esto no alcanzaría para una evaluación cabal. Señalar un origen no es hacer una evaluación suficiente de su estructura problemática. No es comprender toda la problemática que abarca. La economía apareció ligada a liberales, como Adam Smith o Ricardo. ¿Bastaría ello para desinteresarse de la economía? La psicología profunda ligada a Freud ¿bastaría para dejarla? Y los ejemplos se pueden multiplicar al infinito. Invocar los orígenes es útil para esclarecer un problema, no para eliminarlo, o congelarlo en determinada versión. Los católicos hemos pagado demasiado caro en la modernidad el hacer argumentos sólo principistas, para ahorrarnos seguir un pensamiento en todas sus fases concretas, y poder así aprender verdades de su error. Para Comblin, la geopolítica estaría determinada por sus orígenes, con lo que oscurece el problema.

Por otra parte, Comblin *se limita a señalar los orígenes "externos" a América Latina. No intenta entender las causas "internas" a América Latina para apreciar y entender la difusión actual de la geopolítica.* No hay en Comblin una dialéctica de lo "interno" y lo "externo". Sólo lo externo parece jugar, extendiéndose entre nosotros no se sabe bien por qué. ¿Sólo importa el "afuera" como promotor? ¿Eso basta? ¿No hay casualidades internas latinoamericanas, donde se recibe al modo del receptor? *Este prescindir de la dialéctica interno-externo, para fijarnos ante todo en la exterioridad, se repite a todos los niveles del abordaje de Comblin.* Quede aquí señalado de una vez por todas. Nos llega una ideología, la adoptamos, la agigantamos, pero no se sabe por qué. Muestra orígenes externos, no internos. Eso es quedarnos a mitad del camino para entender las significaciones.

Veamos la cuestión de los orígenes por sí misma. Sin duda, Kjellen fue el que acuñó el término "geopolítica". Pero el nombre no hace la cosa, que existía antes. Geopolítica dice relación de la política con los espacios, y eso es inherente a toda política. De modo más o menos tematizado. El hombre hizo antes geopolítica que "geografía", que es una consideración más abstracta y más tardía históricamente. No hay modo de abstraer la política concreta de la geografía humana, de la geografía política. De las sociedades en tales o cuales espacios. Se comprende, de espacios concretos, organizados según el nivel técnico, poblacional, cultural, económico, social, de cada Estado, y en relación con otros espacios concretos. La historia se "espacializa" sin cesar, así como los espacios se "historizan". De

esta dinámica nadie puede prescindir, salvo a altos niveles de abstracción. Podemos no hablar de geopolítica al nivel más general de "filosofía política". Pero nunca omitirla en relación al análisis de las praxis políticas reales, históricas. Los que no saben "dónde están", lo aprenden pronto de mala manera. La geopolítica integra la prudencia política.

¿Por qué de algo tan estructural y tan remoto, se habla tan recientemente? ¿Qué significa su denominación tan tardía? Muy sencillo. Cuando ahora se habla de "geopolítica", esto se refiere inmediatamente a su "sistematización" en una etapa reciente de la historia humana: se habla de ella *desde la configuración de toda la Tierra en un solo sistema de relaciones políticas*. Esto sólo comenzó efectivamente a fines del siglo XIX, al clausurarse la era de los "descubrimientos". *Recién en el umbral de nuestro siglo XX la política de los Estados está incluida necesariamente en una dinámica planetaria, global*. Antes nunca había sido así. El mundo estaba fragmentado, disperso, en varios sistemas políticos, de escasa o nula interacción mutua. Lo que acaecía en el imperio Inca del siglo XV no incidía ni en Mesoamérica, ni en Europa, etc. En cambio, hoy cualquier suceso político en cualquier lugar de la tierra, repercute en todos. Hoy, hacer política implica necesariamente perspectivas terrestres globales, "geopolíticas". Los grandes nombres inaugurales de la "geopolítica" son plenamente conscientes de ese hecho novedoso, e intentan organizar el pensamiento político en proyección planetaria. Nos referimos al inglés Mackinder al norteamericano Mahan y al alemán Ratzel, sus figuras fundadoras. El origen está en liberales democráticos como el almirante Mahan (íntimo del populista Teodoro Roosevelt, y autor de la "política del garrote") del geógrafo y parlamentario Sir Harold Mackinder, y el antropólogo Ratzel, cristiano, que ejerciera influencia decisiva en muchas vertientes, como por ejemplo en el pensamiento del P. Schmit y su célebre escuela católica vienesa de teología y prehistoria. Son anteriores a los orígenes que señala Comblin. Fueron progenitores de geopolíticas norteamericanas, inglesas y alemanas.

De esto se desprende que la geopolítica es más concreta que la filosofía política, que es inseparable de la situación desde la que se formula: implica una determinada perspectiva dentro de la tierra, en un tiempo y espacio dados. *Una misma filosofía política, puede realizarse en varias geopolíticas según los Estados que la realicen. Distintas filosofías políticas, dentro de un mismo Estado, pueden llegar a formular geopolíticas mucho más afines entre sí, que lo que son entre sí esas filosofías políticas diferentes*. Esto es tan evidente, que huelgan los ejemplos. Claro, la geopolítica supone siempre una filosofía política, pero es un punto de vista "concreto" desde tal o cual Estado. Hans Weinvert, uno de los enemigos más enconados de la geopolítica alemana, los formula claramente: "No existe en absoluto una ciencia general de la geopolítica que pueda ser aceptada por todas las organizaciones estatales. Existen tantas geopolíticas como sistemas estata-

les". Nosotros somos más amplios: *Hay tantas geopolíticas como filosofías políticas y Estados concretos*. Lo que viene a decir, hay tantas geopolíticas como políticas. Se podrá ser o no consciente de ello, pero no por eso deja de ser. Y Weinert anota atinadamente: "*Cada nación tiene la geopolítica que se merece*".

Desde este marco, puede hablarse de la geopolítica pangermanista como una de las geopolíticas posibles, pero nunca de la única, ni de la arquetípica. Decir que es arquetípica, es restringir por definición el sentido de la geopolítica, y atribuir nazismo por analogía a todo lo que huelga a geopolítica. Si es así, disolvemos la cuestión en un juego de palabras, otorgándonos en la definición nominal toda la resolución de la cuestión. Y vale aquí una anotación, respecto del mentado Haushofer. Este no fue nazi y terminó encarcelado por Hitler. Y es significativa la razón de su prisión. La "geopolítica" de Haushofer (él fue quien popularizó el nombre) se basaba en la necesidad de la unión de Alemania con Rusia y Japón. La esencia de esta geopolítica pangermanista prototípica era "anti-occidental": proclamaba la alianza de Alemania y Rusia con los "pueblos de color" contra la dominación de "Occidente" (Inglaterra, Estados Unidos, Francia). El ataque de Hitler a Rusia significó el derrumbamiento del prócer alemán de la geopolítica, que juzgó tal invasión como contraria a su geopolítica y razón de la ruina de Alemania. Mal puede entonces Haushofer estar en la fundamentación del antagonismo "Occidente-Oriente", en el sentido que tomó luego de la segunda guerra mundial. Por el contrario esta geopolítica tiene remotas raíces liberales anglosajonas, como constata Seymor Brown: "Las ideas que expuso el capitán Alfred Thayer Mahan antes de la primera guerra mundial, refinada luego en el período interbélico por Sir Harold Mackinder, postulaban una contienda fundamental por el predominio mundial entre el gran imperio ruso en expansión y los estados insulares: Gran Bretaña, Estados Unidos y Japón". Con todo esto, los presupuestos de Comblin sobre la geopolítica quedan radicalmente cuestionados.

Unidad y diferencia: Conviene insistir en una distinción, para esclarecer las ambigüedades del pensamiento. Nosotros hablamos de dos niveles de abordaje a la realidad política histórica. El nivel más universal, abstracto, más relativo a los "principios", es el de la filosofía política. El nivel más cercano a lo histórico mismo, a la comprensión de la praxis histórica en su individualidad, en sus coyunturas, en lo contingente, pertenece al orden del "conocimiento prudencial". A este nivel más concreto, pertenecen las sistematizaciones empíricas de las "ciencias históricas", dentro de las cuales puede incluirse la perspectiva geopolítica.

Claro, todo tipo de conocimiento prudencial político, supone en sí mismo el de una filosofía política. Se liga una parte a los principios más universales y por otra al devenir histórico concreto. Pero ni es reductible a la filosofía política, ni éste se confunde con la otra. Hay unidad y diferen-

cia. La filosofía política revierte sobre los principios de la historia; el conocimiento prudencial supone los principios, pero se vierte en el análisis de la historia concreta, en lo que está sucediendo. Esta distinción importa, porque Comblin pasa continuamente de un nivel a otro como si fueran lo mismo.

Esto tiene su explicación. La atención máxima de Comblin es al nivel de la filosofía política". Eso le es vital, para demostrar que efectivamente hay una "nueva legitimación" del Estado, y por ende un nuevo tipo de Estado. A Comblin no le importa la geopolítica por sí misma, no hace ningún análisis en este orden, sino la "filosofía política" que supone aquella encierra. Por eso habla de la geopolítica sólo como filosofía política. Y lo mismo puede decirse de la "estrategia global": allí tampoco Comblin estudia la estrategia, sino en cuanto "ética", lo que es igual también a "filosofía política".

Cuanto Comblin expone sobre geopolítica o sobre estrategia global, no es por ellas mismas, sino para detectar la filosofía política, los principios universales que encierran.

Al analizar el contenido de la "Seguridad Nacional" y el "Poder Nacional", Comblin encuentra allí los principios del Leviatán. Descubre a Hobbes, la visión de la existencia como guerra del hombre contra el hombre. Ve que el sentido clásico de la "política", como ámbito de la persuasión y el consentimiento es desalojado por el sentido de la coerción, de la resolución final violenta y por ende la obsesión de la seguridad. En vez del pensamiento de Clausewitz "la guerra es la prosecución de la política por otros medios", prima el de Ludendorff "la política es la prosecución de la guerra por otros medios". Aquí el orden de los factores altera el producto. Implican la antítesis de política y guerra. La guerra lleva consigo una actitud maniquea, no así la política. Aunque, la verdad, esto que especulativamente es claro, en el orden práctico es más confuso, porque política y guerra son compañeras inseparables en la historia del hombre. No hay política sin coacciones, sin fuerza; no hay guerra sin diálogo, sin negociación, sin política. Unidad y diferencia.

El punto de referencia de Comblin para extraer los principios de Leviatán es Golbery de Couto e Silva. Ciertamente que la visión de la seguridad nacional en el general brasileiro tiene muchas de esas connotaciones. No interesa aquí la discusión pormenorizada de este aspecto. Concedamos que así sea. Ante esto, es evidente la justicia de la reacción de Comblin. La Iglesia tiene una larga tradición contra ese naturalismo totalitario. Siempre resistió y cuestionó la pura "razón de Estado". Las afirmaciones de principio que Comblin contrapone son verdaderas. La negación de la guerra como esencia de la vida, la afirmación de la política, de la posibilidad real de paz, el valor de la libertad, de la amistad. Sobre esto no hay dudas posibles. Estamos de acuerdo. No abundemos sobre lo que es obvio para los cristianos. Sólo una advertencia: para el cristiano, aunque en otro

sentido, la historia es también una dialéctica de amigo-enemigo. Hay también un curso satánico (enemigo) de la historia. El enemigo, bajo mil figuras, es ineliminable hasta el fin de la historia. Cristo nos hace el mandamiento nuevo de amar al enemigo, pero no de tener enemigos. Negamos la primacía del enemigo, pero no ignoramos la profunda trama de enemistad que se teje en la historia. Contamos con ella para comprender la historia y las posibilidades efectivas del bien. No alcanza sólo con invocar al amor, la paz, la libertad, la reconciliación, si no damos todo su peso a las luchas incesantes de la historia. De lo contrario, si hacemos mera contraposición, podemos incurrir en un idealismo de la peor especie. Y el cristiano es eminentemente realista. Contraponer principios es válido, pero no suficiente. Es indispensable responder con una práctica prudencial histórica, que cuente con los enemigos. Aquí también, en otro sentido, unidad y diferencia. La enemistad no es la esencia de la vida, pero la enemistad es un hecho histórico casi omnipresente.

¿Modelo latinoamericano?: El nivel de los principios es fundamental, pues sólo si emergen principios políticos radicalmente diferentes, habrá posibilidad de constituir un nuevo tipo de Estado. Concedemos que eso aparece en Golbery. Pero faltan otros escalones. ¿Es esa la realidad práctica del Estado brasilero? Supongamos que sí. No basta. Hay que inquirir todavía. ¿Qué universalidad latinoamericana tiene la filosofía política de Golbery? ¿Es realmente un modelo maduro, representativo, de lo que acaece en Argentina, Uruguay, Chile, Ecuador, Perú? ¿Podemos afirmar acaso que la tendencia general de los Ejércitos latinoamericanos está en camino de semejante filosofía política? Me parece que aún no podemos hacer tales afirmaciones. No alcanzan sólo ciertos vocabularios convergentes. Hay que ver si la realidad efectiva de los pensamientos y las prácticas son convergentes. Pero todavía no hay esos aportes fácticos que le aseguren credibilidad a la generalización. Lo que puede ser cierto de Golbery, no se convierte ipso facto en verdad de varios de nuestros ejércitos. Eso hay que demostrarlo. En cuestión tan grave, vale la pena acumular datos suficientes, que tengan significación. Que hay analogías, sin duda ¿pero hasta dónde llegan? Creo que Comblin hace aquí una afirmación dogmática, no verificada. Hay pues que proseguir en la cuestión, pero no apresurarse a concluir de inducciones demasiado incompletas.

Sin embargo, Comblin parece aportar un elemento de bastante universalidad entre los Ejércitos Latinoamericanos. ¿No es acaso versión de esa filosofía política la interpretación que estamos en una guerra total entre Occidente y Oriente? ¿Y no es esta una visión que impera en gran parte de nuestras Fuerzas Armadas? Pero aquí viene a cuento la distinción de planos. *La coyuntura histórica actual puede ser interpretada en términos de "guerra fría". Es un hecho que esa es una interpretación que muchos sustentan. Pero creer que la actualidad histórica se define por una situación*

de "guerra fría" o "guerra total" no es lo mismo que profesar una filosofía política totalitaria y hacer de la guerra la esencia de la historia universal. De hecho la opinión que vivimos en guerra fría la pueden sustentar hoy muchos liberales, católicos, protestantes, agnósticos, etc. La gama de los que creen vivir una situación de guerra fría es infinitamente más amplia, no coincide, con la de postular un pensamiento totalitario. De tal modo, pasar de la filosofía política a los problemas de cuales son hoy los antagonismos mundiales principales, no es mantenerse en el mismo nivel, sino pasar a otro. En cambio, para Comblin, *todo parece estar dentro de la misma demostración*. Pero no hay deducción desde los principios a la historia, hay salto de planos. Aunque haya conexión entre los dos planos, no hay un continuo. Con diferentes filosofías políticas, distintas gentes pueden sostener al unísono que se está en un período de guerra, o de guerra total, o que todos los recursos deben movilizarse, o que no hay desarrollo sin seguridad nacional, etc. Es una discusión sobre el alcance de una situación de hecho. Si hay o no guerra fría total, es distinto a creer que la guerra es la esencia de la historia. Una situación de guerra fría real, puede empujar a formular una filosofía de la enemistad del hombre con el hombre, más fácilmente que un período idílico de paz. Pero no son intercambiables. Una situación de guerra puede llevar a grandes restricciones a un Estado liberal democrático, empujarle a esfuerzos "totales", pero sin convertirse todavía en un Estado totalitario. Por tanto, *invocar la creencia en gran parte de nuestras Fuerzas Armadas de la existencia actual de una guerra fría Oriente-Occidente, podrá discutirse como cuestión de facto, pero no se transforma en "elemento" de una filosofía política totalitaria*. Podrá ser una condición para explicar el surgimiento de una filosofía política totalitaria, pero no se transforma en esa filosofía misma. Por eso, no considero argumento válido de la universalidad de la nueva teoría totalitaria y hobbesiana, el hecho de que muchos sostengan hoy la existencia primaria de una "guerra fría" y saquen consecuencias prácticas de esto. Me parece que aquí Comblin mezcla las cosas, porque en el principio mismo de su análisis identificó filosofía política y geopolítica. Y usa a la una para la otra, en un continuo que no le permite discriminar. Realiza una perfecta circularidad: usa a la "guerra fría" para llegar a Hobbes, así como desde Hobbes determina a la "guerra fría" como Hobbes. Es una exageración, pero valga la imagen.

Poder Nacional: Entran aquí dos conceptos: poder y nacional. Conviene un discernimiento mínimo para evitar equívocos. En relación a "poder" no hay que identificarlo con dominación, o con "fuerza", contraponiéndolo a servicio, a ausencia de medios coercitivos. Es una acepción estrecha, que lleva a inexorables confusiones. De hecho el pensamiento cristiano actual incurre demasiado a menudo en tales oscuridades. Hay tendencia a menospreciar el "poder", en atribuirle un cierto rasgo malsano. Lo que

tiene funestas consecuencias políticas y pastorales, devorándose en contradicciones sin salida. Poder se contrapone a no poder, o sea a impotencia. Todo lo que es, es poder. Ese es el único punto de partida.

Poder es capacidad de determinación de sí y de otros. Es una idea muy general, de máxima formalidad. O mejor, me atrevería a decir que es un trascendental en sentido tomista. No hay ser sin poder, no hay poder sin ser. No hay poder sin valores, no hay valores sin poder. En lo real, poder es inseparable de las cualificaciones que lo determinan. Porque el poder, como puro poder no existe. Son las cualificaciones que conforman el poder, las que hacen el poder. No tiene sentido entonces estigmatizar el poder, sino a determinadas cualificaciones suyas. Repudiar el poder, es repudiar la vida, el ser. San Francisco es un tipo de poder, Atila, otro, Kant, otro, etc. Dios es Todopoderoso, y si no fuera así, no sería Dios. Hay poderes del espíritu, hay poderes físicos, la gama es tan infinita como la realidad. Servir es un poder. Usemos pues las palabras con cuidado, porque con ellas uno no hace lo que quiere. Una idea emprobreceda del "poder" pone a la gente fuera de la historia. Impide la comprensión de la historia, lleva a una dinámica inconsciente de suicidio. Y esto no es por cierto raro, porque el mundo está lleno de suicidas potenciales. Que no creen realmente en el omnipoder amoroso de Dios. Tener miedo al poder, es tener miedo al ser.

Un "poder nacional" es un ser complejo, relacional, que se compone de una comunidad de hombres, donde las oposiciones no están dominadas totalmente por la contradicción; se compone de técnica, ciencia, cultura, religión, economía, filosofía, artes, etc. La nación no es un sujeto, una hipostasis, sino un peculiar sistema histórico de relaciones, por lo que el Poder Nacional es resultante del vigor, de la constelación de diversos poderes valiosos que lo configuran. Puede tener una resultante general positiva o negativa en su relación con otros Estados y naciones. Que los miembros de una nación deseen el "Poder Nacional", me parece normal, pues si no lo quisieran, sencillamente eligen desaparecer en la historia. Y querer un "poder nacional" es querer siempre la realización de determinados valores y poderes, que por sí solos no serían el poder nacional, pero que constituyen al Poder Nacional. Es decir, para querer el "poder nacional" hay que querer otros poderes, sin los cuales no habría poder nacional. Querer sólo el Poder Nacional, eso sí es idolatría. Lleva en sí la contradicción de los ídolos, de los falsos dioses. Así, me parece muy bien que Comblin repudie al Poder Nacional en cuanto ídolo.

Pero atención; sólo en cuanto idolatría! Porque en América Latina, en el Tercer Mundo, es en extremo peligroso dejar la cosa sólo ahí. Debe subrayarse inmediatamente el valor del nacionalismo. Debe reivindicarse el buen sentido de la vocación del "poder nacional". Conozco bastante bien el conjunto de la obra de Comblin, y sé que en ella hay infinitamente más que en los dos artículos que estamos analizando. Ha escrito cosas muy pertinentes sobre la nación y el nacionalismo. Pero en los dos artículos que ana-

lizamos, y que han tenido tanto eco, no hay una distinción adecuada entre tipos existentes o posibles de "nacionalismo". Deja un poco la impresión —seguramente más allá de su intención y por ceñirse demasiado a su problema— que el "Poder Nacional" o la "Seguridad Nacional" sean objetivos perniciosos. En determinadas condiciones y valores, sí, en otras no. *Comblin usa la cuestión del "Poder Nacional" sólo en relación y como ejemplo de una filosofía política hobbesiana, como expresión del Leviatán, y omite contraponerlo con políticas del poder nacional, no sólo legítimas sino hasta incluso cristianas.*

Es muy peligroso, reitero, en el Tercer Mundo descartar al "Poder Nacional" sin las debidas aclaraciones y contraposiciones. Y como no se hace esto, por quedarse al nivel más universal de los principios, uno termina con la impresión que el único problema es el de los derechos humanos, en el sentido exclusivo de los derechos individuales. *Lo que da, de modo sorprendente, a su perspectiva, un tono exclusivamente liberal, pero no nacional. No los relaciona íntimamente: no sé que derechos humanos quedarán en pie en el Tercer Mundo, sin "Poder Nacional". Un estado de post-ración nacional, un estado de dependencia nacional, un estado de atraso nacional, destruye los derechos humanos, y convierte en privilegio o mistificación a los derechos individuales.* No podemos afirmar a los derechos humanos, inmersos en la comunidad, en las naciones, si no planteamos simultáneamente las cuestiones nacionales, que son también cuestiones sociales. Y el destino de los pueblos, de las naciones atañe a la Iglesia. *Derechos humanos y situación nacional son inseparables en lo concreto de la historia.* Tengo la seguridad que Comblin lo cree así, pero del texto de los dos artículos surge una ausencia que abre a interpretaciones puramente liberales.

Ese moverse al nivel más abstracto de los principios, esa atención exclusiva en mostrar la nueva legitimidad emergente, implica no entrar en la discusión de la validez histórica concreta de la "doctrina de la seguridad nacional", en la complejidad de sus motivaciones, en sus contradicciones internas. La preocupación por los principios, hace descartar la discusión histórica, y eso lleva inevitablemente a la rigidez, impidiendo el diálogo crítico. Por eso no le interesa cuestionar aquí la creencia que el antagonismo principal sea del de Oriente-Occidente, como tampoco le interesó ver si realmente vivimos en el ciclo de "guerra fría" o de "coexistencia pacífica". Porque esta doble discusión, si bien puede emparentarse con la de los principios, no se reduce a ella, y abre el campo "histórico" como lugar de disputa, que creo tan indispensable en esta cuestión como la otra, principista. Por ejemplo: si señalamos que hay en la actualidad histórica *dos antagonismos principales, el de Occidente-Oriente y el de Norte-Sur, y que esos dos antagonismos principales se entrecruzan de modo muy complejo y diverso según distintas situaciones geopolíticas nacionales, etc., entonces esta es una vida de cuestionamiento de la doctrina de la "seguridad nacio-*

nal" muy distinta a la principista. Seguramente mucho más rica. Si una doctrina de la seguridad nacional omite o pone en nivel totalmente subordinado el antagonismo Norte-Sur, que es principalmente con el "Occidente noratlántico", entonces esa doctrina puede revelarse como contradictoria con la seguridad nacional, con el Poder Nacional. Con lo que invertiríamos los términos, y reivindicaríamos la verdadera seguridad nacional, contra una perspectiva errónea o incompleta. Sobre esto habría mucho que decir, pero basta con indicar una vía no recorrida, la más importante, la más fecunda para el análisis y la discusión histórica concreta, prudencial.

Esta analítica concreta Comblin no la ha desarrollado. No era su objetivo expreso. Pero no deja indicios para esta segunda parte del camino. Y al no dejarlos, parece convertir a los datos históricos sólo en "momento" especulativo de su fijación de los principios. Si fuera así, lo histórico mismo se evaporaría —al modo de Hegel— en su asimilación al principio y a ser puro autodesarrollo del principio. Lo que deja al "otro" como un puro monolito enemigo. Con monolitos no hay comunicación posible. Contraponer principios enemigos está bien, pero ahí sólo nos inmovilizamos. Quedamos paráliticos en la enemistad. Por eso mi preocupación por abrir el camino hacia la segunda parte, más propiamente histórica. La que permite un diálogo más a fondo. Hay que pasar al plano de las perspectivas históricas, a sus causas, a sus significaciones particularizadas, que no se conectan inmediatamente con el "principio". Sólo en este otro plano se pueden cumplir con las reglas fundamentales de la crítica, y a la vez poner en juego una actitud cristiana: *partir siempre de lo mejor del enemigo, para combatir lo peor del enemigo. Sólo desde las verdades del enemigo, podemos destruir las mentiras del enemigo. Es estéril y maniqueo señalar al enemigo y quedarse allí. La dialéctica amigo-enemigo es más profunda y dinámica! No hacer con el enemigo, lo que atribuimos al enemigo! Se nos exige ver el bien del enemigo, para combatir al enemigo. Para reconducir al enemigo al bien desde su principio bien. ¿Qué mejor para esto que establecer el diálogo, la discusión, sobre "El Poder Nacional" en y de América Latina?*

En Resumen: Si la geopolítica es la filosofía política de la legitimación del nuevo tipo de Estado, no habría tal nueva legitimación, porque geopolítica no es igual a filosofía política totalitaria. Puede serlo o no, eso depende de la filosofía política que la anime. Se ha demostrado el error de considerar a la geopolítica como intrínsecamente ligada a una filosofía política totalitaria y de tipo hobbesiano, tanto de hecho como de derecho.

Si en el caso arquetípico de Golbery de Couto e Silva puede haber una filosofía política de tipo hobbesiano, no está demostrado que esa sea la situación general de los Ejércitos Latinoamericanos, por lo menos en Argentina, Chile, Perú, Uruguay, Ecuador. Incluso tampoco que sea suficientemente representativa de la realidad del Estado brasileiro actual. No

hay que suponer la "madurez representativa", hay que mostrar que efectivamente hay esa madurez. Que haya algunos parecidos, no significa que sean lo mismo. La ballena parece un pez, pero es un mamífero. Falta la tarea de una verificación.

Una situación de "guerra fría" o "total" (cuyas características dependen del proceso histórico de democratización y de industrialización) entre Occidente y Oriente no es un momento representativo de una filosofía política; es una situación de constatación fáctica, interpretable desde muchas filosofías políticas ya marxistas, ya liberales, o cualquiera otra. Puede discutirse si hay o no de facto "guerra fría", o "coexistencia pacífica", si habitamos un mundo bipolar o multipolar, si el antagonismo Norte-Sur es el principal, etc. Pero afirmar una u otra de las posiciones en esta discusión, no lleva necesariamente a una filosofía política. Menos aún a una sola geopolítica. Afirmar una situación fáctica de guerra fría o total, aunque hoy pueda ser un error (y eso es lo que nosotros creemos) no es lo mismo que profesar que la guerra es la esencia de la existencia. No deben confundirse los planos, y la historia debe tomarse como historia, no como momento interno del autodesarrollo de los principios de una filosofía política.

No pueden omitirse en el análisis los procesos históricos propios de América Latina, y quedarnos sólo en las causalidades externas. Es peligroso en América Latina fijar al "Poder Nacional" o a la "Seguridad Nacional" en la idolatría del Leviatán. No se pueden separar los derechos humanos de la cuestión nacional latinoamericana. En una nación dependiente y subdesarrollada, los derechos humanos quedan devastados. Aquí, nacionalismo y derechos humanos no pueden separarse, pues de lo contrario caemos en derechos individuales efectivos para una minoría privilegiada. La historia es efectivamente una lucha de poderes, una dialéctica diversificada, multiforme, de amigo-enemigo, donde el amor al enemigo es la crítica del enemigo, desde la amistad que hay en el enemigo, para destruirlo como enemigo y salvarlo como amigo. Y en uno mismo habita el enemigo! Esta dialéctica está en la médula del Evangelio. Toda otra actitud, aún bajo rostros espiritualistas o idealistas, conduce al maniqueísmo: Con desastrosas consecuencias pastorales y políticas.

Así, si bien Comblin señala algunas tendencias verdaderas, ha hecho una sistematización apresurada con datos insuficientes e incluso parcialmente erróneos. No ha demostrado que esté en marcha una nueva legitimación que configure un nuevo tipo de Estado emergente, por lo menos en el sentido en que lo afirma. Lo que significa que estamos apenas en los primeros pasos para el esclarecimiento urgente y necesario de la nueva situación histórica que estamos viviendo.

4.- Ejército e Iglesia

Descartada la validez de la Tesis III en su parte principal, la referente a la filosofía política (que incluye a la Estrategia total en cuanto ética), todo el resto de la tesis pierde su base, por lo menos en la significación sistemática que les asigna Comblin. No insistiremos pues en nuevas particularizaciones sobre lo ya expuesto. Pero es bueno proseguir el curso de la atención fijada por Comblin, en el esfuerzo de caracterizar nuestra actualidad histórica, los regímenes con que debe convivir la Iglesia para realizar su misión. Aquí nos limitamos a abrir algunas perspectivas, que se mueven en el círculo de preocupaciones que hemos considerado. Los dos sujetos serán los Ejércitos y la Iglesia, se entiende en América Latina. O sea, de algún modo, nos referimos a las tesis VI y VII, y se completa así esta reflexión. Se trata sólo de algunas pistas a proseguir.

Un nuevo orden internacional. Es conveniente comenzar por el marco mundial en que se inscribe América Latina, y por ende sus Ejércitos y la Iglesia, para poner un ámbito de referencia común, y luego discernir algunas peculiaridades. Tomemos como referencia útil y sencilla, la obra reciente del norteamericano Seynor Brown: "*Nuevas tensiones en la política mundial y replanteo de la geopolítica clásica*" (Edisab, Buenos Aires 1975). Ya hemos hecho anteriormente una cita, que corresponde a esta obra. Está escrita por un experto en política internacional norteamericana. Nos es útil también por insospechable.

La tesis central de Brown es que "las dos poderosas estructuras —las coaliciones de la guerra fría— y el sistema nación-Estado— están siendo minadas simultáneamente, pero en distintas proporciones y de manera dispar en los diversos segmentos del globo". "Las coaliciones de la guerra fría fueron las estructuras de ordenamiento de las relaciones internacionales durante el cuarto de siglo posterior a la Segunda Guerra Mundial. Un nuevo examen de su debilidad básica y de las fuentes de su evidente desintegración constituye, por lo tanto, el punto de partida de todo esfuerzo por armonizar *las políticas* con la nueva forma que va adoptando la política mundial". (Acotamos que el subrayado es sustitución del texto original, más particular, que se refiere sólo a "la política exterior norteamericana", porque de distintos modos vale para todos). *Vivimos un momento de desintegración de las coaliciones de la guerra fría. La nueva situación de la Iglesia en el mundo, debe también mirarse desde esta perspectiva.*

Los dos grandes bloques de la guerra fría, capitaneados por EE. UU. y la URSS, están en proceso de "despolarización". La antigua "estabilidad" (aunque se la juzgue malsana) del orden internacional da ahora lugar a una creciente "incoherencia", de relaciones intercruzadas, con una multipolaridad creciente como condición inestable, sistemas emergentes de coaliciones múltiples, diversificación de amistades, etc. Las doctrinas de la "seguridad nacional", desde Keenan y Foster Dulles a Mac Namara, y de

Stalin a Brezhnev, son erosionadas por las nuevas condiciones históricas. Los avances científicos tecnológicos militares (poder atómico, misiles, etc.) han quitado relevancia a las antiguas geopolíticas de alianzas militares de los dos bloques. Paradójicamente, semejante poder militar, les hace pasar a segundo plano. Hay una menor preocupación por la seguridad. La coexistencia Pacífica se ha consolidado en el pacto de "principios" de Washington en 1973. Se nota una atenuación ascendente de la bipolaridad geopolítica e ideológica. Surgen problemas no militares. El sistema monetario internacional formulado desde Bretton Woods se ha derrumbado, de todos lados surge el clamor de "un nuevo orden internacional"; las tensiones Norte-Sur se acentúan, nuevos factores como la Opep desencadenan nuevas lógicas, etc. Si bien el poder militar de la URSS. y los EE. UU. es incontrastable, se multiplican los centros económicos poderosos, las tendencias regionalistas. En suma, pues no corresponde aquí extenderse en estos aspectos, las doctrinas de la seguridad nacional del tipo analizado por Comblin pierde de más en más su sustento en la realidad histórica. La geopolítica de Golbery se formuló en plena "guerra fría", ahora el mismo Brasil ha pasado internacionalmente a la doctrina del "pragmatismo responsable", y es el primero en reconocer el gobierno pro-comunista de Angola, y en concertar con él grandes acuerdos económicos y tiene conflictos con EE. UU. por su desarrollo atómico.

Es curiosa la preocupación de Brown ante este deshielo generalizado, ante el crecimiento de un sistema poliárquico cada vez más complejo, porque no termine en "anarquía": "hay buenos fundamentos para esperar que la deriva hacia tal mundo anárquico se detenga por la prudencia de los estadistas, y que ello ocurra bastante pronto como para evitar la drástica alternativa hobbesiana de un Leviatán global". Sin duda, estructuras incoherentes son peligrosas, pero señalan las necesidades de creación de un nuevo orden internacional ya no tutelado por las superpotencias y en el que la mayoría de la humanidad, el Tercer mundo, tenga su justo lugar. Esta es la lucha de poderes en los años que vienen. La Iglesia, principalmente desde Pablo VI, ha tomado conciencia de esto. Y por supuesto, moverse en un mundo tan volátil y a la vez tan contrastado, es tarea muy difícil, exige una vigilia que no puede adormecerse en dicotomías simples y rotundas. Por momentos, la "complejización" se vuelve más bien incómoda y hasta insopportable. ¡Cuántos añoran los tiempos de la claridad del enemigo, cuando la "guerra fría"!

El proceso de desintegración de la guerra fría y de la emergencia de la coexistencia pacífica, tiene ritmos y fases distintas, en distintas partes del mundo. Momentos de aceleración, de crisis, de roces, pero la tendencia parece irreversible por un largo plazo en el Norte Industrial (que comprende tanto a EE. UU. como a la URSS., a Europa como a Japón). En el Tercer Mundo, esto no es equivalente, por su situación de dependencia y tensiones especialmente con el Norte Atlántico. *Y por las grandes convul-*

siones que le significan levantar su proceso de industrialización, acaezca éste con el signo político o ideológico que fuere. Las exigencias de la industrialización, inexorables, son muy duras, requieren grandes sacrificios colectivos. Hay un círculo de hierro: la industrialización en el Tercer Mundo pone en crisis la vigencia de unos derechos, para la realización de otros, oprime unos derechos, para poderlos realizar efectivamente luego? Todos los indicios, para las próximas décadas, no señalan coexistencias pacíficas en el orden interno de estos Estados. La tendencia es que encarnen tipos de autoritarismos distintos, conservador o progresivo, y eso ya no estaría en absoluto ligado a la "guerra fría", sino dentro del marco de la "coexistencia pacífica" del Norte Industrial, cada vez más solidario entre sí, en su propia diversificación y competencia.

La Iglesia. Dentro de esta dinámica internacional, ¿qué le ha pasado a la Iglesia? No es habitual todavía conceptualizar los procesos eclesiales ligados a los procesos mundiales. La Iglesia en el mundo, y el mundo en la Iglesia, se piensan en general de modo abstracto, no dentro de las vicisitudes de los Estados que forman el sistema político mundial. O sólo se tienen ópticas locales, pero no en rigor "católicas". No se piensa la unidad y la diversidad eclesiales de modo coherente en el terreno del devenir histórico internacional, de modo histórico concreto. Por eso hay o visiones de la realidad demasiado fragmentarias o globalidades demasiado idealistas o aturdimiento por una multiplicidad de sucesos que una visión rezagada, que no descubre las motivaciones unitivas de sus contrariedades, torna caótica. Pero el defecto está en el sujeto, y no en el objeto. Hay que tomar muy radicalmente el hecho que la Iglesia sea la Encarnación proseguida, difundida y comunicada en la historia. Ella también es un sujeto geopolítico, o si se prefiere geopastoral. Claro que la Iglesia no hace geopolítica al modo de los Estados, pero la hace. Aunque no lo tematice. Sería mejor, como conciencia de sí en el mundo actual, que se lo tematizara. Esa no cabal autoconciencia es un defecto, no una virtud. Es una falla pastoral, no una cuestión ajena a la pastoral. Creo que estamos en camino de asumir esa exigencia. La dinámica de los Sínodos mundiales la generará seguramente.

La Segunda Guerra Mundial, como época de lucha mortal entre los Estados, que en situaciones límites generan siempre regímenes autocráticos, un tiempo de dictadores europeos, hizo culminar en la Iglesia el gobierno central y vertical de Pío XII. Tiempos de guerra, caliente o fría, exigen conducciones férreas, cuando se está en el epicentro de los acontecimientos. El término de la guerra caliente, prosiguió luego, desde el 47, con la guerra fría, en un nuevo alineamiento de los antiguos aliados. La ocupación militar soviética de Europa Oriental, la persecución a todas sus Iglesias locales, la prisión de todas sus cabezas, hicieron que la Iglesia formara un frente compacto contra el stalinismo, donde convivió —como

nunca antes, con antiguos enemigos, ahora aliados: los protestantes, los liberales masónicos, los socialistas democráticos. Hijos de la Reforma e hijos de la Ilustración hicieron una nueva relación con los hijos de la Iglesia; viejos antagonismos se atenuaban, y en la dicotomía tajante de la guerra fría se fue preparando, prácticamente, (si bien puede establecerse una larga cadena de antecedentes) dentro del bando occidental, el replanteo y la apertura que culminaría en el Concilio Vaticano II. Nunca, en el centro espiritual del protestantismo, Alemania, las Iglesias se habían conjugado tanto. Y también en Holanda, Inglaterra, Estados Unidos. Nunca tampoco tanto con los hijos de la Ilustración, de la derecha liberal, en EE. UU., en Francia e Italia, en América Latina. O con los hijos de izquierda social democrata, en Francia, Italia, Alemania, Inglaterra, o con las formas populistas de América Latina. La fortaleza sitiada por la "modernidad", en un nuevo alineamiento, redescubría valores positivos en esa "modernidad". Sin embargo, esa nueva experiencia, sólo podía hacer eclosión visible en la Iglesia en condiciones históricas distintas a la "guerra fría". Fue al comienzo del proceso de la "coexistencia pacífica", en los albores de la distensión y la euforia de la recuperación europea, centro de la Iglesia, con un Foster Dulles sustituido por Kennedy y un Stalin por Krushev, que pudo ser un Juan XXIII que convocara al Concilio. Imposible convocar un concilio en tiempos de Pío XII, ascendido en la guerra caliente y proseguido en la más intensa "guerra fría". El aflojamiento de las tensiones, la recuperación optimista europea, ya opulenta, permitieron el Concilio Ecuménico más pacífico que conoce la historia. Las aguas ya no estaban embravecidas, y el capitán, entrando en remansos, convocó a la tripulación a la mesa. Un nuevo tiempo se abría en la historia de la Iglesia. Ha sido, sin duda, el último Concilio de sello europeo. El Tercer Mundo apenas estuvo allí presente, pero fue irrumpiendo cada vez más en la vida de la Iglesia desde el fin del Concilio. Leuret y Gauthier fueron sus heraldos.

Los años 60 señalan, en términos mundiales, un período en que las aguas de la "guerra fría" y de la "coexistencia pacífica" están aún mezcladas. Pero, a pesar de guerras limitadas y otros encontronazos, el deshielo es progresivo. El diálogo se extiende entonces hacia el Este, y es el momento de la temática "marxismo-cristianismo". Pero los años 60, a la vez que culminan la recuperación europea, son el remate de todos sus imperios coloniales, y la emergencia definitiva del Tercer Mundo, que venía preparándose ya desde el término de la Segunda Guerra Mundial. Emergía un tercer protagonista, en un mundo bipolar industrial. Juan XXIII lo había visto. Benedicto XV ya lo había previsto en su instrucción misional de 1919. Y será Pablo VI quien lo asume decididamente. Ese camino del Papado hacia el Tercer Mundo (que incluye a América Latina) tendrá sus momentos culminantes en los viajes y en los documentos de Pablo VI, de la *Populorum Progressio*, su discurso en las Naciones Unidas, y la Huma-

nae Vitae. La desintegración de la guerra fría, es la ruptura de solidaridades masivas. Desde la Humanae Vitae, donde la Iglesia se niega a ser instrumento del neomalthusianismo a escala mundial para resolver los problemas del Tercer Mundo, Pablo VI será un Papa no confiable para los poderes del Atlántico Norte, que le harán víctima de una campaña de difamación sistemática. Si la Iglesia quería independizarse de los bloques, tenía que pagar su costo. Porque ese proceso de desintegración de la guerra fría, no acaece sin costos. Nada acaece sin costos. Pero Pablo VI asumió la responsabilidad de romper con el encierro encantado de la Iglesia en Europa, y se abrió evangelizador a la solidaridad con las multitudes pobres del Tercer Mundo y de América Latina. Esto no fue bien comprendido en América Latina por muchos que se enredaron con las perniciosas influencias europeas de la teología de la secularización o de mezcolanzas "transconfesionales" pseudoecuménicas. La Iglesia comenzaba a caminar sobre el filo de la navaja, en una situación mundial crecientemente multipolar (en el Norte) pero singularmente tensa en el Tercer Mundo y América Latina. Ideas de salón en Europa, tomaron un sesgo trágico entre nosotros, dadas nuestras condiciones internas diferentes. El hecho, es que la Iglesia de América Latina, irrumpió en escena desde Medellín. Comenzaba a tener su propia voz.

No me voy a extender sobre este punto. Sólo me interesa poner una pista, en términos muy generales, para visualizar a la Iglesia en la dinámica de transición de las geopolíticas mundiales. Desarrollar esta dimensión, de forma mínima, sería de extensión imposible. No es nuestro propósito. Otros elementos se verán en lo que sigue.

Los Ejércitos. Retomamos el hilo de lo que debe estar "siempre presente". Cuando una sociedad está en crisis profunda, es siempre la hora de los Ejércitos. Los Ejércitos no generan las crisis de la sociedad, por el contrario, son protagonistas forzosos de sus crisis límites. Es su oficio, es su rol de última instancia, la seguridad nacional les compete, y por eso actúan en tiempos de máxima inseguridad. Eso es, por lo menos, lo normal. Hay situaciones de crisis endémicas como lo es gran parte de la historia de América Latina desde la Independencia. Las hay episódicas y si un Ejército quiere prolongarse más allá de ellas, la presión social termina por hacerlos regresar a su lugar natural, el cuartel. Si un Ejército gobierna, es que algo muy grave pasa en un Estado. Hay que analizar entonces qué pasa en las estructuras sociales, culturales, económicas, políticas, de ese Estado. No se trata pues de invertir los términos, y hacer del Ejército el promotor de las crisis de la sociedad. No es así, ni puede ser así. Lo que no significa declaración de inocencia para los Ejércitos, pues esos roles de "última instancia", de "seguridad nacional" los realizará con contenidos políticos positivos o negativos, según las posibilidades de la circunstancia.

El Estado liberal, que se instaló en América Latina desde la Independencia

dencia, no fue un Estado democrático. Hasta el siglo XX liberal y democrático fueron más una contrariedad que una conjunción. Paradójicamente, en el siglo XIX (y parte del siglo XX) fue más común a los Ejércitos encarnar tendencias democráticas aún amorfas, que a los civilistas liberales. En el abrir camino a las fuerzas democráticas de las clases medias, en Brasil tuvieron un gran papel positivo, al mismo tiempo que en Perú cumplían uno totalmente negativo. Paradójicamente, el cabo de los años, Perú y Brasil, actualmente, son ejemplo de versiones absolutamente contradictorias de la "doctrina de la seguridad nacional" de sus Ejércitos. Sin embargo, creo que es notorio, *ninguno de los Ejércitos latinoamericanos rompe con el horizonte de validez de un Estado liberal-democrático, aunque lo ponga en suspenso. Oscilarán, más o menos, hacia el polo liberal conservador, o hacia el polo más progresista, liberal-democrático. Lo que no es poca cosa. Significa líneas históricas muy distintas. Pero hasta hoy, no veo que el radio de oscilación de los Ejércitos latinoamericanos sea mayor que ese. Salvo, quizá, en la etapa de Velasco en la revolución peruana.*

En los Ejércitos latinoamericanos, la situación de la Iglesia es bastante variada. Hubo Ejércitos dominados por liberales anticlericales, masónicos. Hubo Ejércitos predominantemente católicos en su composición. No sólo hay Ejércitos de tradiciones muy distintas entre diversos países, sino que en un mismo país, pasa por fases diferentes, en relación a este orden. Por ejemplo en Brasil, del Ejército fundador de la República, controlado por positivistas comtianos se pasó desde la década del 30, por intervención de Vargas y el Cardenal Lemes, a una composición mayoritariamente católica. Nada se gana ni pierde para siempre. Donde la Iglesia está, puede no estar, y donde no está puede estar. Eso depende de la variación de las circunstancias históricas y de su capacidad pastoral. Y en atención a lo que expresamos del "siempre presente", es de tremenda gravedad pastoral incurrir en ninguna imagen caricaturesca de nuestros Ejércitos. Una pastoral eficaz, sólo puede asentarse en una voluntad de verdad. Querer siempre la verdad. Ser objetivo es un acto de amor. Y para la verdad hay que atravesar siempre las apariencias, gruesas capas de slogans y prejuicios.

Por ello, para comprender a nuestros Ejércitos, hay que poner atención en ellos mismos y en la sociedad de la que emergen. Hay que poner énfasis en las causalidades internas, latinoamericanas, nacionales, y no sólo en las causalidades externas, que sólo nos dan una visión periférica. Pues lo externo sólo alcanza su potencia, cuando lo percibimos en su dialéctica con la interno.

Un hecho capital a considerar siempre, es que nuestros Ejércitos se reclutan, a lo más en clases medias urbanas y rurales. Que no es carrera habitual en las clases altas. El reclutamiento popular de los Ejércitos latinoamericanos hacen que tengan, por lógica, una alta composición de gentes cristianas. Que en la Iglesia profesan, justamente, el tipo de "religiosidad popular". Y cuando están más ahondados en su fe, por la índole de

su propio oficio y experiencia, tienen una "afinidad electiva" con lo que convencionalmente llamamos "Iglesia pre-conciliar". ¿Acaso puede ser extraño? Tienen un común acento jerárquico. Por todo esto, no juzgo en absoluto que cuando los Ejércitos invocan la "simbólica" cristiana, lo hagan como puro instrumento vacío. Es presuponer un cinismo maquiavélico, bastante distante de los comportamientos militares. Tendrán otros pecados, pero ese, por lo que conozco, muy poco. Por otra parte, nunca es sencillo manipular a los símbolos. Si éstos son algo, es porque no son vacíos. Y si importan, es que son poderosos, tienen su propia consistencia, muy resistente. Y así, es probable que manipulen a esos manipuladores, pues el maquiavelismo es más bien degradación sofisticada de algunos intelectuales. Y todo esto vale tanto en relación con la simbólica cristiana como con la liberal-democrática. Son, por otra parte, simbólicas de incidencias diferente. En tanto que deben introducirse muchas matizaciones en cuanto a la real vigencia de la simbólica cristiana en las Fuerzas Armadas latino-americanas, es indudable que la simbólica liberal-democrática tiene en aquellas vigencia general y sigue en pie como raíz de la legitimación de sus actos. Por lo menos estos actos no tienen hasta hoy la energía de formular una nueva legitimación firme.

Guerrilla, guerra.- Que la guerra es oficio de las Fuerzas Armadas es cosa por demás obvia. Lo que no implica que tengan una filosofía política basada en la primacía de la guerra sobre la política, aunque algunos intelectuales militares tengan esa propensión, por deformación profesional. Debemos pues manejar con cuidado las expresiones militares (como las referencias infinitas a que "todo está" al servicio de la Nación o de la Patria o del Estado) que la mayor parte de las veces no deben elevarse al rango de concepto filosófico y ético central, de índole pagana. Son fórmulas rituales que entran en la retórica normal de los oficios, que deben interpretarse en esos límites.

Pero hay una situación llamativa. Si la "guerra fría", desde la década del 60, está en proceso de desintegración ¿qué hizo que sus conceptos persistieran tan hondamente en los Ejércitos latinoamericanos (salvo el peruano)?

El proceso de desintegración de los bloques de la "guerra fría" no es homogéneo y está salpicado por "guerras calientes". En América Latina, las rigideces de la "guerra fría" fueron realimentadas, especialmente en algunos países, por la difusión de las teorías "foquistas" durante la década del 60. La teoría foquista, encarnada de un modo máximo en Che Guevara, implica una práctica cuyo punto de partida es la lucha armada para el logro de objetivos políticos. El Che es una versión izquierdista de la máxima de Ludendorff. Nosotros, hace años, criticamos abierta y ampliamente semejante perspectiva, carente de todo realismo y de objetividad respecto de las condiciones políticas de América Latina. La definimos como

“política de muerte y la muerte de toda política”. Como es evidente, el guerrillerismo tocaba directamente a los Ejércitos y los llevaba al protagonismo. Tocaba directamente sus funciones de guerra y seguridad. No podemos omitir este hecho en la comprensión de algunos aspectos de la dinámica reciente, mucho más importante, en algunos países, que presuntas filosofías hobbesianas. Y en efecto, en varios países (Argentina y Uruguay) esto desembocó en una situación de guerra total. La guerrilla urbana, por su índole, implica la más atroz forma de guerra imaginable, la más impía. Ahora, ese proceso está en su trágica consumación en Argentina. Estaba en la lógica íntima del foquismo, y era previsible desde hace años.

Por supuesto, el “foquismo” no explica todo, ni mucho menos. El foquismo mismo debe ser explicado. Pues el foquismo no es más que una respuesta errada, carente de fundamentos y por ende condenada al fracaso más cruel. Una respuesta alucinada a las desastrosas condiciones sociales de América Latina, a los problemas de injusticias estructurales y de dependencia. Por otra parte no hay duda que la versión foquista-marxista, de gran eco en los estratos universitarios, tuvo incidencia en algunos sectores eclesiales.

Incidencia en sectores clericales (y estudiantiles) que sufrían las grandes tensiones por los cambios post conciliares, que descubrían la crítica situación de América Latina, y que proyectaban sus angustias subjetivas en el más dramático e ignorante infantilismo político, que confundían como “la” forma del “compromiso”. Demás está decir, que esta situación era semillero inevitable de nuevas tensiones y crisis entre el Ejército y la Iglesia. Por el lado del Ejército, todo lo que se refería a reivindicaciones sociales era acusado de “subversivo”, por el de otro, la Iglesia no podía dejar de cumplir su misión, y ésta se enredaba de facto por la radicalización romántica y violenta de algunos grupos. *La misma Iglesia sufrió a estos grupos, pues el que es “foquista” políticamente, en la unidad de la vida, también desarrolla un “espontaneísmo foquista eclesial”*. Ese foquismo eclesial, producto de las crisis post-conciliares, se veía alimentado por las teologías de la secularización, un cierto anarquismo institucional, etc. Todo esto es bien conocido. Pero ya todo este ciclo “foquista”, tanto política como eclesialmente, está terminado, vive a la suma sus últimos estertores. Sería hora de un balance profundo de sus razones.

Hay varias perspectivas de análisis. Una de las más interesantes es la propuesta por el intelectual católico brasileiro Cândido Mendes, en *“Después del populismo. Impugnación social y Desarrollo de América Latina”* (F.C.E. México, 1974). *Su tesis central es que el nuevo papel del Ejército (en Brasil, Argentina, Perú, no en Chile) se liga al fracaso de los esfuerzos populistas para impulsar el desarrollo industrial*. De ese modo, la intervención militar representaría “el último estadio del proceso en el cual se produjeron en América Latina, la industrialización, la urbanización y la formación de los mercados internos”.

Aquí, como Comblin, Mendes toma de modelo principal al brasilero. Cree también por otras razones, que el nuevo autoritarismo militar ya no es el de los golpes clásico del siglo XIX, en "el estadio del proceso colonial-político estancado: aparece en una determinada etapa del proceso de cambio social". Está ligado a la pérdida de aliento de los populismos, a su incapacidad para generar una estrategia de desarrollo industrial a largo plazo. Y esta desintegración de los populismos, según Mendes, es la fuente, es lo que lleva a sectores medios a la impugnación social violenta. Ella radica en su impotencia política.

No es este lugar para exponer y discutir las tesis de Mendes, que tampoco creo puedan generalizarse demasiado. Sólo la trajimos a colación como índice de otro abordaje a la cuestión de la emergencia de los Ejércitos al protagonismo político, la impugnación violenta de sectores medios y los problemas crecientes de la industrialización y los mercados internos. Esta es una dimensión de los problemas que la Iglesia también debe percibir en sus contrariedades, y exigencias, para no dar pasos en las nubes, sino en vez, para implantar su misión cristiana de libertad y justicia en una apreciación cabal de los signos de los tiempos que debe enfrentar y entender. Justamente, en este orden de las causalidades internas, importa ver otros significados de la geopolítica de Golbery de Couto e Silva.

Geopolítica latinoamericana: La geopolítica de Golbery está ligada a la industrialización de Brasil, al despliegue del mercado interno, a la conquista del Oeste, despegando definitivamente de las costas atlánticas. En realidad, *la actual difusión de la "geopolítica" en América Latina, tiene relación intrínseca con los nuevos retos: la industrialización y la integración. Nos explicaremos brevemente.*

La geopolítica contemporánea, como vimos, tiene sus iniciadores en el inglés Mackinder, el norteamericano Mahan y el alemán Ratzel. Está ligada a la formación de un solo sistema político cerrado en toda la Tierra. Así, toda política requiere ahora, de perspectivas planetarias, y si puede organizarlas sistemáticamente, eso es mejor que opiniones sueltas y fragmentarias, que serían índices de no estar a la altura de las circunstancias. Esta planetarización política implica de suyo otro hecho fundamental: el desarrollo de la Revolución industrial.

De hecho, la geopolítica nació en las grandes potencias industriales. Es que sólo ellas podían elevarse a perspectivas globales sobre el mundo, sólo ellas las necesitaban en su práctica cotidiana. En cambio, las zonas dependientes, los pequeños países, más pasivos que activos, "reciben" y se inscriben en las geopolíticas de los poderes centrales y no pueden gastar la suya propia. Una acción propia sobre el "mundo" les es puramente literaria, en el sentido de lejana. Claro, las situaciones admiten muchas gradaciones. En ese sentido, el proceso histórico latinoamericano es muy expresivo.

Durante el tiempo de los Imperios constituyentes español y portugués, hubo "geopolíticas latinoamericanas" de aquellos, muy conscientes de sí mismas, de admirables perspectivas globales, aunque Kjellen no hubiera inventado aún el nombre. *En la Independencia, Bolívar, San Martín y Lucas Alamán, fueron herederos naturales de esa amplitud de miras políticas en la que se educaron. Pero la disgregación del área hispánica en una veintena de repúblicas, descompuso y redujo a nada esa herencia. En cambio, Brasil mantuvo la unidad, y así la continuidad de las vastas perspectivas geopolíticas que le fueron configurando. Mantuvo la herencia.* Como acotación lateral, no olvidemos tampoco que el gran Alejandro de Humbolt, "segundo descubridor de América hispana", tan admirado por Bolívar, es el abuelo directo de la geopolítica alemana, a través de su discípulo Ritter, maestro de Ratzel.

La atomización de América Latina, su "desarrollo hacia afuera" durante el siglo XIX y parte del XX, la arrastró primero a la órbita de la geopolítica inglesa, luego norteamericana. Cada uno de los Estados latinoamericanos se comunicaba con la metrópoli, pero no había vínculos entre sí. Hubo un extrañamiento recíproco general.

Ese extrañamiento comenzó a romperse con la generación moderna del 900, la primera generación propiamente latinoamericana desde los tiempos de la Independencia. Allí volvieron a vincularse directamente nicaragüenses, venezolanos, uruguayos, argentinos, bolivianos, etc. y vuelven a plantearse la cuestión de la "unidad latinoamericana". Uno de sus miembros, el más grande historiador católico latinoamericano de la primera mitad de este siglo. Carlos Pereira, fue perfectamente lúcido; desde la irrupción norteamericana en América Latina alrededor del 900, de la ligación íntima entre la industrialización y la geopolítica de Mahan. Todo este conjunto de preocupaciones de la generación modernista fue la que generó la primera geopolítica expresa en América Latina, escrita por un diplomático español, Carlos Malagrida en 1919. No es sorprendente que la primera visión geopolítica global se hiciera desde España, desde Europa. En efecto, la generación modernista tomó plena conciencia de su "unidad perdida" en Europa y no aquí. Sólo desde su reunión en las "luces del centro", le permitieron percibir la dispersión de los arrabales de donde provenía. En cambio en América Latina, el desarrollo hacia "afuera" impedía esa visión unitiva interna. Si los árboles no dejaban ver el bosque, el bosque podía divisarse desde la atalaya de la metrópolis. Tampoco es sorprendente que su primer formulador haya sido un español, formado en el pensamiento de Ratzel, y contertulio de los modernistas en Madrid, pues conservaba la imagen unitaria del Imperio en América, anterior a la fragmentación. Pudo entonces formular una primera visión geopolítica de la estructura latinoamericana.

Una geopolítica global latinoamericana resultaba todavía demasiado abs-

Pero donde más fruto tendría esta obra de Malagrida, sería en Brasil.

tracta, remota, para nuestras repúblicas dispersas. Era algo alejado de las prácticas reales, y la unidad se volvía nostalgia declamativa. Literatura de precursores. En cambio Brasil, en su vasta extensión central sudamericana, lindaba con casi todos los países de América del Sur, cosa que no ocurría a los demás. Cuando comenzó a hacerse necesario pensar en el desarrollo brasileño en su totalidad, *pensar a Brasil requería pensar también a su vecindad. Y la vecindad concreta de Brasil, es toda América del Sur, el gran cuerpo de América Latina*. De ahí que fuera un notable brasileño, allá por el año 30, que escribiera la magnífica "Proyección Continental del Brasil". Pero Travassos no sólo recogía a Malagrida, sino a toda su tradición nacional brasileña, a su herencia portuguesa, las visiones de José Bonifacio (precursor de la idea de Brasilia), de sus grandes ingenieros de ferrocarriles y navegación, en toda esa marcha de "interiorización" hacia los vastos espacios vacíos interiores, cuyo gran pionero el general Cândido Mariano Rondón consolidara la obra diplomática fronteriza del Barón de Río Branco. Así, Mario Travassos estaba en condiciones óptimas para tematizar de modo sistemático la geopolítica brasileña. En él tomaron plena organicidad global la "marcha hacia el Oeste" proclamada durante el ascenso de Vargas, en los comienzos de la democratización y la industrialización. La tradición geopolítica brasileña tiene pues una larga historia y se asienta directamente en sus raíces nacionales. Se prosigue en un siempre renovado encadenamiento, en los generales Everardo Backheuser y el brigadier Lisias Rodríguez. *No tuvo que esperar así, para una sólida tradición intelectual en su Ejército (único en relación a los otros Ejércitos latinoamericanos) a la fundación muy posterior de la "Sorbonne"*. De tal modo Golbery de Couto e Silva se limita sólo a recoger esta herencia y repensarla en las condiciones mundiales de la "guerra fría". Todo este proceso interno explica por qué la geopolítica brasileña es mucho más madura que la de otros países latinoamericanos.

Todos los otros países de América del Sur tienen "vecindad" muy limitada con sus hermanos, y por ello no sintieron la necesidad de pensar el "conjunto" como cuestión vital, sus ópticas tienen dificultad de trascender lo fragmentario y local. Pero el fin de la etapa del "desarrollo hacia afuera", los impulsos generales de la industrialización, que exige la constitución de grandes mercados internos, les impulsa inexorablemente hacia el "regionalismo", hacia América Latina como conjunto ya necesario, y no puramente literario o nostalgia histórica de los orígenes. Ahora es cuestión de vida o muerte. Surgen así todos los problemas de la "integración", que desde la década del 60 se vuelven de más en más acuciantes. Pero la integración no se hace en una América Latina amorfa política y espacialmente, al modo de los enfoques muy abstractos de la Cepal, sino en un sistema dinámico de Estados en relación.

La industrialización, el freno a ésta por asfixia de mercados internos limitados, el consiguiente impulso hacia la "integración", señala el naci-

miento generalizado de la geopolítica en América Latina. La geopolítica en América Latina implica la vuelta al conocimiento de sus procesos interiores. Ella se vuelve necesidad política interna de primer orden. Por eso no puede reducirse a la importación de visiones de la guerra fría desde centros metropolitanos. Hay una necesidad propia de América Latina, que le vuelve exigencia vital mirarse geopolíticamente. Ha terminado en América Latina la era de los "Estados Parroquiales", en el lenguaje de Tonybee, y por ende, la de las "ideologías sin espacio", propias de la etapa del "desarrollo hacia afuera" y la limitada de "industrialización por sustitución de importaciones" que no salía de los ámbitos parroquiales, donde cada Estado creía ser una unidad separada del resto de América Latina.

La tesis expuesta de Seymour Brown se refiere a la crisis de dos estructuras: *las coaliciones de la guerra fría y el sistema de Nación-Estado*". Nos estamos ocupando ahora de la que él llama crisis de la "nación-Estado", en su peculiar inflexión latinoamericana. En Europa se trata literalmente de esa crisis, y ella se debate en el pasaje a una unidad de "nivel continental", para formar un nuevo tipo distinto de "nación europea". En eso está, y si no lo logra, poco peso tendrá en las decisiones históricas venideras a pesar de su gran poder industrial. En América Latina, este asunto es parcialmente diferente, pues la nueva unidad continental es igual que la realización de su antiguo origen nacional quebrantado. Aquí, continental y nacional pueden ser lo mismo. Podría así hablarse de una "cuestión nacional irresuelta" de América Latina, sin cuya resolución no habrá auténtico "Poder Nacional". Salvo para Brasil, que es el único que reúne en sí mismo las condiciones continentales mínimas, para tener protagonismo histórico, para los otros países latinoamericanos esa inviabilidad se presenta, a la larga, como incontrastable. Como variaciones sobre la dependencia, como persistencia sin bases reales para ser protagonistas de su destino, en toda una gama, es claro, de gradaciones. Tendrán otro destino, en que otros se apropiarán, y no habrá más remedio que aceptarlo como propio. Será entonces, otra historia. Cosa, por lo demás que en la historia ha pasado y pasará infinitas veces.

En el mundo actual, quien no se industrializa a fondo, pasa a los márgenes de la historia. El Tercer Mundo lucha por esa industrialización, pero ésta requiere condiciones de despegue mínimas, que casi ninguno de sus países cumple. Sólo grandes "naciones-continente" (EE. UU., URSS, China hoy, una Europa Unida, quizás en un futuro la India, quizá entre nosotros, si todo sigue como está, sólo Brasil) pueden pasar a la interdependencia sin dependencia. De tal modo, querer la persistencia de nuestros "Estados Parroquiales" y a la vez la independencia, es algo así como pedir la cuadratura del círculo. Y el que quiere los fines; quiere los medios. Si no, sólo pierde el tiempo en imaginaciones supérfluas.

Y no habrá real vigencia, mínima, de los derechos humanos en América Latina, si no se procesa a la vez la industrialización y la integración,

con toda la revolución cultural que esto supone. Los pequeños países (no en sentido espacial abstracto) de América Latina, si no rompen con la estrechez de sus mercados internos no podrán industrializarse y seguir un ritmo de progreso y desarrollo integral. En tanto que los compartimentos estancos de los Estados parroquiales prosiga, no veo posibilidad para que las grandes presiones sociales, para que el nivel de nuestros pueblos, puedan ser respondidas en un mínimo de justicia. Esta exige hoy rendimientos industriales adecuados. Si no es así, los derechos humanos se volverán de más en más mitológicos, extremadamente parciales y limitados. *Pues la crisis estructural de los actuales Estados Parroquiales es tan radical, que proseguir en semejantes estructuras es elegir un estado de crisis permanente. Y una situación de crisis permanente es hacer, en consecuencia, que la presencia militar en nuestros gobiernos se haga no menos permanente. La inseguridad alimenta las doctrinas de la "seguridad", pero como ellas a su vez no son resolución última del problema, en tanto se mantengan en las estructuras actuales, es previsible una noria de seguridades e inseguridades, sin salida por plazos demasiado largos.* No hay ya fórmulas "liberal-democráticas" de realización efectiva en Estados encerrados en semejantes contradicciones. Porque ni las vigencias liberal-democráticas ni las Fuerzas Armadas podrán resolver nada, si su objetivo es la realización del Estado-Parroquial, que es hoy lo que está substancialmente en crisis. Mientras se perpetúen nuestros Estados parroquiales, habrá demasiado escasas y esporádicas oportunidades concretas de desarrollo, justicia social y libertad. Debemos saber esto muy bien, si no queremos ser devorados por el eterno retorno de una denuncia ideal-utópica por la crisis de los derechos humanos y la justicia. Ellos están ligados a la configuración real del Poder Nacional.

Claro, insisto, los procesos de industrialización e integración son muy complejos. Exigen perseverancia, paciencia, firmeza, inteligencia. Exigen elecciones de sacrificio, de objetivos que realizarán algunas obligaciones y postergarán otras. Habrá que discutir la pertinencia, la conveniencia, la viabilidad, de tales o cuales elecciones, dentro de una perspectiva en que la libertad y la justicia nunca se desarrollan "integralmente". Pero la realidad de la historia es así. Ese es su drama. La realización cabal, la plenitud de los derechos y obligaciones es un horizonte límite. Es la plenitud de la ciudad de Dios. Entre tanto, en la historia, imantada siempre por el Reino de Dios, los derechos y obligaciones no son espontáneamente compatibles, La realización de uno implica siempre vulnerar a otro. La tragedia de la historia es que no hay compatibilidad simultánea e inmediata de todas las obligaciones, de todos los imperativos. Por eso las elecciones son siempre sacrificio, por eso están tan cargadas de responsabilidad. Sin embargo, la lucha incesante de la historia, la dialéctica amigo-enemigo, es por cumplir con esa totalidad de la Ley y del Espíritu que la anima da sen-

tido. Es muy arduo cumplir la ley del amor. Así, quisiéramos terminar con unos luminosos pensamientos de Simone Weil:

“La primera necesidad del alma, la que está más próxima a su destino eterno, es el orden. Es decir, un tejido de relaciones sociales tal que nadie se vea obligado a violar obligaciones rigurosas para ejecutar otras obligaciones. Sólo en este caso el alma no sufre violencia por las circunstancias exteriores. Aquel a quien las circunstancias hacen incompatibles los actos ordenados por varias obligaciones estrictas, sin que pueda defenderse, está herido en su amor al bien. Incompatibilidad entre las obligaciones.

Quien actúe de manera que aumente esa incompatibilidad es un factor de desorden. Quien actúa de manera que la disminuye es un factor de orden. Quien, para simplificar los problemas, niega ciertas obligaciones, concierta en su corazón una alianza con el crimen.

Obligaciones idénticas ligan a todos los seres humanos, aunque corresponden a actos diferentes según las situaciones. Ningún ser humano, cualquiera sea, en circunstancia alguna, puede sustraerse a ellas sin cometer algún crimen, excepto el caso en que siendo de hecho incompatibles dos obligaciones reales, el hombre se vea forzado a abandonar una de ellas.

La imperfección de un orden social se mide por la cantidad de situaciones de este tipo que encierra... Es en relación con éstas como se mide el progreso.

Aún en este caso hay crimen si la obligación abandonada no es sólo de hecho, sino además negada”.